

ROMANCE DEL NIÑO QUE QUERÍA SER ANDALUZ

Un día en la carpintería
del pueblo de Nazaret
el Niño pregunta al padre:
—¿Por qué nací yo en Belén?

—Vaya pregunta que haces.
¿Dónde ibas a nacer?

—Pude nacer en Granada
por acaso suponer.
Agua helada en nieve clara
sobre el alto Mulhacén
Patio oculto y escondido
con claridad de vergel.
Surtidor de fuente vieja
murmurando en su vaivén

En otros muchos lugares.
Pude nacer en Jaén:
Pálido olivar que tiembla
cuando cada atardecer
el sol rinde en las cortezas
la calima de su sed.
Oh mi infancia entre aceitunas
verdeándome la piel.

En Cádiz. Dorada y blanca,
donde el mar se enreda fiel
en orillas luminosas
y parece entretejer
la brisa su sal antigua
con un trazo de pincel.
Ay mi infancia entre gaviotas
con espumas en los pies.

O a la vera de aquel río.
Digo en Córdoba, también.
Esquinas de cal antigua,
ventanas en ajimez.
Verdes brillos califales
que no podría mantener,
fantasía de columnas
vueltas luego del revés.

En la ribera de Huelva,
junto a la luz de Moguer.
Entre resina y pinares
allí cerca del Odiel.

En la cálida Almería
agua y desierto a la vez.
Luna blanca y Alcazaba,
muralla color de miel.

En la misma Malagueta
entre labores de red...

Y la sorpresa del padre
sólo sabe responder:
—Que tienes que ser judío,
que andaluz no puedes ser.

El niño, dale que dale:
—Y Sevilla..., la olvidé.
¡Sevilla, padre, Sevilla,
qué sitio para nacer...!

Enrique Barrero Rodríguez

